

La mirada historiográfica de Amado Alonso

EMILIANO BATTISTA
Universidad de Buenos Aires - CONICET
ironlingua@hotmail.com

RESUMEN: En el presente trabajo analizamos el modo en que Amado Alonso representa el desarrollo de la lingüística como disciplina científica. Tomamos para ello siete artículos pertenecientes al extenso período durante el que Alonso oficia como Director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946). Cuatro de ellos corresponden al inicio de la larga estancia de Alonso en la Argentina: “Lingüística espiritualista” (1927a), “Reconciliación con la fonética” (1927b), “Lingüística e historia” (1928) y “La filología del Sr. Costa Álvarez y la filología” (1929); los tres restantes, pertenecientes a los últimos años de su gestión, son “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general” (1940) y los prólogos que escribe en 1943 y 1945 a las traducciones de *Filosofía del lenguaje* de Karl Vossler y del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. En este marco, entendemos que la mirada historiográfica que despliega Alonso es funcional a su propuesta teórica. Específicamente, encontramos que su lectura del pasado constituye un procedimiento argumentativo al que denominamos *recurso historiográfico* (Toscano y García, 2011), a través del que presenta las teorías lingüísticas que rechaza como pertenecientes al pasado de la disciplina. Además, este argumento actúa como un recurso que le permite tanto establecer una toma de posición respecto del pasado de la disciplina como incorporar el paradigma de la lingüística idealista en el ámbito de la filología hispánica.

Palabras clave: Amado Alonso, historia de la lingüística, recurso historiográfico, idealismo lingüístico.

ABSTRACT: This paper seeks to analyze Amado Alonso’s role in the development of linguistics as a scientific discipline. The analysis is based on seven articles written by Alonso when he was Director of the *Instituto de Filología* at the University of Buenos Aires (1927-1946). Four of them – “Lingüística espiritualista” (1927a), “Reconciliación con la fonética” (1927b), “Lingüística e historia” (1928) and “La filología del Sr. Costa Álvarez y la filología” (1929)– date back to the author’s early days in Argentina; the other three, corresponding to his two last years in this position, are “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general” (1940) and the forewords to the Spanish translations of Karl Vossler’s *Gesammelte Aufsätze zur Sprachphilosophie* (1943 [1923]) and Ferdinand de Saussure’s *Cours de linguistique générale* (1945 [1916]). Alonso’s historical perspective is functional to his theories. More specifically, his reading of the past is an argumentative procedure that can be defined as a *historiography resource* (Toscano y García, 2011), used to discuss those linguistic theories he rejects as part of the discipline’s past. This resource enables the author to take stand on past ideas while entrenching linguistic idealism in the field of Spanish philology.

Keywords: Amado Alonso, history of linguistics, historiography resource, linguistic idealism.

0. INTRODUCCIÓN: LA REPRESENTACIÓN DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA¹

A comienzos del siglo XX, el lingüista danés Vilhelm Thomsen (1842-1927) publica *Sprogvidenskabens Historie; en kortfattet Fremstilling* (1902). Esta obra, de acuerdo con Mounin (1967: 9), es “la primera tentativa de historia de la lingüística, verdaderamente moderna en más de un aspecto, aunque escrita desde el punto de vista de la lingüística histórica de 1900”. Luego,

¹ Resultados preliminares de esta investigación fueron presentados en el VIII Congreso de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística; el presente trabajo, no obstante, se desarrolla a partir del análisis de un corpus significativamente ampliado respecto de aquella presentación, y ajusta sus conclusiones a partir de este desarrollo.

Holger Pedersen (1867-1953), con su libro *Sprogvidenskaben i det nittende Aarhundrede: Metoder og resultater* (1924) (traducido al inglés en 1931 y reeditado en 1962 como *The Discovery of Language: Linguistic Science in the 19th Century*), nos permite encontrar durante el siglo XX otro relato acerca del pasado de la disciplina.

Es así que distintos autores (Koerner, 1972, 1995, 2007; Swiggers, 1980, 1990, 2009, entre otros) reconocen la existencia de un prolongado interés en la historia de la lingüística, y acuerdan en considerar dicho interés como parte de los antecedentes de aquello que hoy se denomina *historiografía lingüística*. Según Koerner (1999), por ejemplo, puede identificarse una larga tradición en el ámbito de la indagación histórica, que va desde la *Einleitung in das Sprachstudium* (1880), de Berthold Delbrück (1842-1922), hasta *Les grands courants de la linguistique moderne* (1963), de Maurice Leroy (1909-1990). En esta secuencia de trabajos que aspiran a construir un relato histórico de la disciplina podríamos incorporar también las obras de Bertil Malmberg (1967), Georges Mounin (1967, 1968) y Robert Robins (1967).

No obstante, además de estos textos cuyo fin es presentar un recorrido por la historia de la lingüística, hay otros que, sin proponérselo como un objetivo central, ofrecen breves pasajes destinados a situar históricamente su perspectiva teórica. De acuerdo con Mounin (1967: 9), entre ellos contamos el “Apéndice I” de la *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes* (1903), de Antoine Meillet (1866-1936); el capítulo I del *Cours de linguistique générale* (1916), de Ferdinand de Saussure (1857-1913); los cuatro primeros capítulos de *Language. Its nature, development and origin* (1922), de Otto Jespersen (1860-1943); y el capítulo I de *Language* (1933), de Leonard Bloomfield (1887-1949). A esta lista podemos sumar el primer apartado de la primera parte de *Le langage et la vie* (1913), de Charles Bally (1865-1947); y el capítulo décimo de *Metodología filológica* (1930), de Karl Vossler (1872-1949).

En esta secuencia es posible también ubicar un conjunto de textos producidos por Amado Alonso (1896-1952). En ellos, como buscaremos probar, el filólogo español despliega aquello que, siguiendo a Toscano y García (2011), denominamos *recurso historiográfico*: un procedimiento retórico a través del cual Alonso procede a trazar un recorrido histórico de la investigación sobre el lenguaje con el objetivo de presentar “las teorías lingüísticas que rechaza como pertenecientes al pasado de la disciplina” (2011: 208). Se trata, sostenemos, de una estrategia argumentativa funcional, ya que, según veremos, a través de ella Alonso construye una mirada crítica de la historia de la disciplina al mismo tiempo que aspira a legitimar la postura teórica que propone².

La selección de nuestro corpus obedece a un criterio doble: temático y cronológico. En cuanto al criterio temático, si bien en ninguno de los artículos Alonso delimita etapas de manera explícita ni tiene el objetivo final de establecer un criterio de periodización, todos ellos ofrecen una clara representación de la historia de la disciplina, principalmente de la lingüística del siglo XIX.

² En este sentido, nuestro trabajo no aspira a analizar el desarrollo de las ideas lingüísticas de Alonso –tarea que ya ha sido llevada a cabo, entre otros, por Barrenechea (1995-1996), Catalán (1955), Coseriu (1953), Guitarte (1998)– sino determinar en qué medida su actividad como historiador constituye un insumo para la conformación de ese derrotero teórico. Tampoco busca inscribir estas ideas en el marco del desarrollo histórico de la filología hispánica, no obstante lo cual es pertinente recordar que la crítica ha señalado que las intervenciones de Alonso en el debate entre positivismo e idealismo deben ser necesariamente puestas en relación con aquellas que los integrantes del Centro de Estudios Históricos de Madrid (en particular, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro y Dámaso Alonso) realizan previa y contemporáneamente. Sobre la relación de estos filólogos con las tradiciones positivistas e idealistas en el campo de los estudios lingüísticos, pueden consultarse López Sánchez (2006), Portolés (1986) y Toscano y García (2006).

En cuanto al criterio cronológico, los artículos cubren el amplio período en el que Alonso ofició como Director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946)³. Mientras los cuatro primeros (“Lingüística espiritualista” –1927a–, “Reconciliación con la fonética” –1927b–, “Lingüística e historia” –1928– y “La filología del Sr. Costa Álvarez y la filología” –1929–) pertenecen a los primeros años de su estancia en la Argentina, los tres restantes (“De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general” –1940–, y los prólogos a las obras de Vossler –1943 [1923]– y Saussure –1945 [1916]–) pertenecen a los últimos años de su gestión.

1. EL “RECURSO HISTORIOGRÁFICO”

1.1. “Lingüística espiritualista” (1927a): el rechazo del comparativismo. “Lingüística espiritualista” (1927a) aparece publicado en la revista argentina *Síntesis*; es, de hecho, el primer trabajo que publica desde su llegada al país. En este artículo, Alonso procura dar cuenta de las dos primeras obras (1904, 1905) de Vossler, para de allí establecer una distinción entre las nociones de “lingüística” y “filología” en el marco de la concepción de ciencia que busca difundir en el ámbito hispánico: el estudio del lenguaje como ciencia espiritualista.

Ya desde el comienzo, Alonso señala que “durante muchos años”, en el marco del “naturalismo en literatura” y del “positivismo en filosofía”, “la lingüística era fundamentalmente estudio naturalista del lenguaje”; o bien que, tal como expresa a continuación, “el armazón total de la filología era de ciencia naturalista”, y así “se estudiaban las palabras y los giros como fenómenos consumados” (1927a: 227). No obstante, destaca que “de vez en cuando, espíritus de alto vuelo, oteaban en este campo intereses de pura índole espiritual”; entre ellos menciona a Diez, Paris, Ascoli, Grober y Schuchardt (1927a: 227).

A continuación, Alonso se detiene en la descripción de un momento en el que el estudio del lenguaje aparecía, según señala, basado en leyes equiparables a las leyes de la física, pues consideraba que las fuerzas del cambio lingüístico eran “fuerzas irresistibles que impelían a los idiomas en inevitables direcciones, como la gravedad a la piedra que cae o al agua que fluye” (1927a: 228-229). Alonso indica al respecto que “la palabra ley” quizás haya sido “un gesto desaforado de la época romántica, desde donde nos llega” (1927a: 228). Y de inmediato, dejando nuevamente entrever su falta de identificación con esta propuesta, sentencia: “pero esta concepción del lenguaje ha sido ya superada” (1927a: 229). Y es este efectivamente el punto en el que el recurso historiográfico ingresa como un argumento al servicio de su propuesta teórica, pues en el rechazo del comparativismo está la base de la justificación idealista:

Cuando un hombre crea una forma idiomática, ésta puede caer perpendicularmente como la piedra, o ascender como el humo, o volar en sesgos quebrados como hoja de papel en el viento. Porque el lenguaje, como expresión, es un acto espiritual, y nadie puede señalar leyes a los movimientos del espíritu (1927a: 229).

Así es como Alonso, en su recorrido histórico, encuentra que “la lingüística cambia de orientación”, y pasa a estudiarse “cada forma como expresión, como función espiritual” (1927a: 229). Desde una perspectiva como esta, “las formas no son ya hechos, sino actos; no estados, sino fenómenos” (1927a: 229). Así, sostiene Alonso, “el hombre crea, en la libertad de su espíritu, la forma más adecuada para expresarse” (1927a: 230). En su exposición se advierte, pues, una mirada positivista de la reconstrucción histórica, en la que el desarrollo del idealismo obtiene lugar con la

³ La fundación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires tiene lugar en 1922. Sin embargo, el comienzo de sus actividades no se produce hasta 1923. Siguiendo a Menéndez (1998), la etapa fundacional de la historia del Instituto se despliega entre 1923 y 1946, y está conformada por las gestiones de Américo Castro (1923), Agustín Millares Carlo (1924), Manuel de Montoliú (1925), Roberto Lehmann-Nitsche (1926) y Amado Alonso (1927-1946).

superación de la descripción neogramática; la perspectiva, como veremos, se continúa y amplía en los restantes textos de la serie.

1.2. “Reconciliación con la fonética” (1927b): el idealismo como punto de vista. “Reconciliación con la fonética” (1927b) aparece publicado en el *Boletín del Instituto de Filología*. En este artículo, Alonso parte de la caracterización de la fonética como el estudio del sonido articulado (1927b: 227). Distingue, pues, entre la fonética como “fin en sí mismo” y la fonética como “instrumento de trabajo” o como “subespecialidad de la lingüística” (1927b: 227). Mientras que en la primera encuentra “la manifestación más hedionda del difunto positivismo”, en la segunda halla “la posibilidad de un interés idealista y de un sentido humano” (1927b: 227), tal como el que planteara en “Lingüística espiritualista”, el artículo recientemente presentado.

Luego, el autor expresa que la fonética surge de la “necesidad de una preparación técnica” en la materia que diera “seguridad” a los lingüistas –historiadores de la lengua– en sus primeros pasos (1927b: 227). Es aquí donde, una vez más, pone en juego lo que venimos denominando *recurso historiográfico*: una estrategia con la que procura validar la perspectiva que busca difundir. Según Alonso, “la filología observaba cambios someros o profundos cumplidos con el correr de los siglos en la fisonomía de una lengua y aun en la de una palabra”, y así alcanzaba deducciones como que “las letras latinas *t, p, c* (*k*), se cambian en *d, b, g* al llegar al español” (1927b: 228). El análisis de los cambios lingüísticos, desde un enfoque como este, toma el “aspecto de juego de prestidigitación” (1927b: 228).

Más adelante, el recorrido histórico trazado por el autor se encarga de demostrar nuevamente que la superación de esta concepción de la fonética es inevitable: “para descartar de una disciplina científica tales cubileteos de ilusionismo, la lingüística quiso conocer con exactitud las condiciones de trabajo de nuestros órganos fonadores y las cualidades de sonoridad, tono, intensidad y timbre del sonido articulado” (1927b: 228). Así concebida, expresa Alonso, la fonética estudia

[...] cómo se genera la voz humana y de qué manera nuestro organismo imprime en esa voz variaciones accidentales que forman las llamadas consonantes, vocales, palabras y proposiciones: todo el sistema de sonidos capaces de expresividad (1927b: 228).

A su vez, la mirada historiográfica de Alonso permite apreciar una concepción decididamente acumulativa acerca del progreso de la disciplina, pues considera que con esta nueva definición de la fonética “se desvanece todo ilusionismo y entramos en posesión del verdadero conocimiento” (1927b: 228). Desde esta interpretación del pasado, la visión idealista aparece como el resultado de la superación de la tradición positivista.

Alonso ve en el lenguaje “expresión y comunicación”, y considera que “los sonidos articulados son como las alas con que el pensamiento vuela desde nuestro espíritu al de los interlocutores” (1927b: 228-229). De esta manera, advierte que “por afán espiritualista de conocer cuanto al ser humano atañe, también nosotros sentimos la necesidad de saber las condiciones materiales –acústicas y fisiológicas de nuestras expresiones” (1927b: 229).

El autor legitima entonces la planteada “reconciliación con la fonética” a través del *recurso historiográfico*, según el cual presenta la “fonética (como fin en sí mismo)” como una perspectiva perteneciente al pasado de la disciplina y la “fonética (como instrumento de trabajo)” como un punto de partida para el análisis lingüístico desde una perspectiva idealista, en la que los sonidos de la lengua son concebidos como un “sistema capaz de expresividad”, es decir, como la expresión de valores subjetivos.

A continuación, entonces, Alonso reconduce nuestra atención hacia “la más sugestiva y moderna concepción de la lingüística”: la *filología idealista*, “que rehúsa ver la causa de los cambios idiomáticos en algo que existe en la misma lengua y que se impone a sus parlantes”, o “que

pone la causa determinante de todo cambio en el mismo espíritu libre del hombre: el espíritu, una vez más, modelador, modificador, vencedor de la materia” (1927b: 229). Así concluye que la fonética es un instrumento al servicio del “objeto de la lingüística”: “conocer las relaciones causales entre nuestro espíritu y los actos de expresión” (1927b: 232).

1.3. “Lingüística e historia” (1928): la complementariedad de enfoques. “Lingüística e historia” (1928) aparece publicado en la revista *Humanidades*. En este artículo, a modo de “comentario internacional” (1928: 38), Alonso presenta un libro de Menéndez Pidal: *Orígenes del español* (1927); una obra en la que, según declara, no solo se pone “en permanente conjunción la historia y la geografía” (1928: 37), sino que además se realiza y se cumple una “síntesis cuadrangular” entre psicología individual, psicología colectiva, historia y geografía (1928: 34).

El desarrollo de la reseña apela, nuevamente, al trazado de un recorrido histórico del pensamiento lingüístico. Alonso señala, en primer lugar, que “hubo un tiempo” en el que el lenguaje era considerado “un elemento de vida autónoma, como un cuarto reino de la Naturaleza”, cuyas leyes actuaban “del modo inexorable de las leyes físicas o químicas” (1928: 29). De esta primera etapa, cuyos factores negativos atribuye al “Romanticismo, con su fuga hacia lo patético y hacia el gesto amplio y sobresignificativo”, sin embargo valora positivamente los descubrimientos del alemán Grimm, en tanto es quien “ha permitido establecer, sobre base fija, el parentesco de las lenguas, dando una norma segura para las etimologías” (1928: 29-30). Así es como Alonso describe la disciplina durante los primeros años del siglo XIX: “por algunos decenios, la Lingüística era sólo comparatística: comparar el mismo fenómeno en varias lenguas para conocer así su interior estructura” (1928: 30).

Luego, asocia la figura de Schleicher con la aparición de “otros intereses” en la disciplina: el estudio de lenguas vivas a la par del de las lenguas antiguas, el estudio de la pronunciación y no solo de la grafía, y la disposición de los resultados de la comparación en gradaciones cronológicas como un medio para llegar a la reconstrucción de formas no documentadas (1928: 30). De esta forma Alonso representa la lingüística al promediar el siglo XIX: “la comparatística se va haciendo ciencia histórica” (1928: 30).

A continuación, destaca la satisfactoria explotación que, hacia 1880, comenzaron a hacer de este método los germanistas y romanistas, pensando en términos de leyes. En este punto es en el que nuevamente aparece el recurso historiográfico para construir una tradición en la cual poder inscribir la perspectiva idealista. Específicamente, Alonso señala que “la abundancia de las aparentes infracciones de las leyes lingüísticas acucia ahora a los lingüistas hacia su esclarecimiento” (1928: 30). Según Alonso, a fines del siglo XIX comienza a advertirse que ciertas explicaciones deben buscarse fuera de la lengua: en la conducta y en la historia de los parlantes; de modo que “el espíritu entra en juego con creciente frecuencia” (1928: 30). Se trata de un período en el que “abundan los dialectólogos”, cuya “modestia” y “laboriosidad” da lugar a “hermosas edificaciones” (1928: 30). La consideración de la intervención del espíritu en los actos del lenguaje se plantea, para Alonso, en el marco de una controversia entre dos perspectivas: la lingüística histórica y la geografía lingüística; esto es, “la investigación en el tiempo, hacia arriba, en dirección vertical, frente a la investigación en el espacio, por los pueblos, en dirección horizontal” (1928: 31).

En este caso, la valoración del movimiento que tiene lugar en la historia de la disciplina es absolutamente positiva, pues es en la incipiente dialectología donde Alonso encuentra un claro antecedente de su propuesta teórica. Puntualmente, el autor lo describe de la siguiente manera: “En esa rebusca de formas dialectales entre los repliegues de la tierra, una bandada de ideas nuevas levanta vuelo. Los problemas ganan en complejidad y riqueza. La orientación es más segura. Se patentizan mil maneras insospechadas de elaboración espiritual” (1928: 31).

En este marco, Alonso destaca la aparición, a comienzos del siglo XX, de “artículos y libros de carácter doctrinal”, entre los que se distinguen, “por lo atractivo de sus postulados, un grupo de lingüistas que a sí mismos se llaman idealistas y cuya característica es considerar cada fenómeno como un acto y no como un hecho” (1928: 32).

Llegado este punto, Alonso busca desandar la contienda entre idealistas y positivistas, y así presentar su propia versión de la perspectiva espiritualista. Específicamente, afirma que “los lingüistas que ellos [los idealistas] llaman positivistas, los que precedieron y siguieron a Wundt, eran tan espiritualistas a medias, como lo son estos Vossler y Bertoni de ahora” (1928: 32). Así, sostiene que mientras los “sedicentes idealistas” se desentienden de la colectividad y se encierran en la psicología individual, los “positivistas” llevan a cabo la misma tarea pero de manera invertida, esto es, limitando su investigación a la psicología colectiva sin interesarse por el acto personal del individuo (1928: 32).

Desde la perspectiva de Alonso, positivismo e idealismo no son más que protagonistas de una controversia en la que pueden relevarse dos énfasis: uno que apunta a la masa, otro que apunta al individuo; puntualmente, dice: “no son principios antagónicos, sino preciosos complementos” (1928: 33). Aquí es donde Alonso valora positivamente la propuesta de un lingüista al que, asombrosamente en virtud de las caracterizaciones que hará en los años siguientes, presenta como “uno de los lingüistas más espirituales, el suizo Ferdinand de Saussure” (1928: 33). De él rescata haber establecido “una fecunda diferenciación entre dos elementos del lenguaje”: el colectivo, como “suma de convenciones” e “instrumento virtual” –la lengua–, y el individual, “que es la realización personal de esa virtualidad” –el habla–.

Para concluir, Alonso apunta a disolver una dicotomía más de las que encuentra en la historia de la disciplina, pues tampoco ve la Geografía y la Historia en los estudios del lenguaje como “camino divergentes entre los que hay que optar, sino doble carril necesario para la buena marcha de la ciencia” (1928: 33). Así, propone una perspectiva espiritualista integradora y superadora de los enfrentamientos que releva en su representación del desarrollo de las ideas lingüísticas a fines del siglo XIX y principios del XX.

1.4. “La filología del Sr. Costa Álvarez y la filología” (1929): cambio lingüístico e idealismo. “La filología del Sr. Costa Álvarez y la filología” (1929) aparece publicado en la revista argentina *Síntesis*. En este artículo, Alonso ofrece una respuesta “a propósito de un libro” (*El castellano en la Argentina*, 1928) en el que el filólogo argentino Arturo Costa Álvarez (1870-1929) inicia, “contra todo lo relacionado con el Instituto de Filología y con la nación de origen del señor A. Castro, una campaña sistemática y violenta” (1929: 125-126).

Una vez planteado el objetivo del artículo, y antes de pasar al análisis específico de la obra de Costa Álvarez, el autor efectúa, según sus palabras, “un aparte” (1929: 127). En esta sección, una vez más, su argumentación apela a la reconstrucción del pasado de la disciplina. Alonso señala que “hace poco más de un siglo que el hombre descubrió la posibilidad de hacer del lenguaje objeto de conocimiento científico, y no solo utilitario” (1929: 127). Indica, pues, que “esa posibilidad apareció, con miras modestas de comparación, cuando el descubrimiento del sánscrito invitó a relacionar y luego a emparentar varios idiomas”; se trata de una “época romántica y de naturalismo”, en la que “se observó regularidad en ciertas correspondencias fonéticas y morfológicas de lengua a lengua” (1929: 127). En ese período, en el que la disciplina se ha vuelto ciencia, “se quería hacer de la lingüística una ciencia natural”, y se consideraba, entonces, que “las lenguas, como seres vivientes, tenían en sí mismas fuerzas que determinaban su perpetuo evolucionar” (1929: 127).

Llegado este punto, Alonso explica que “tiene que transcurrir medio siglo para que veamos iniciarse en estos estudios un interés del todo diferente” (1929: 127-128). En este nuevo período, no se consideraba que “las lenguas vivan de por sí, sino como producto de las actividades de un grupo humano” (1929: 128). En la lengua, aquellas que se reconocían como “fuerzas impulsoras (causas), son ahora vistas como hechos, como efectos de determinadas actividades espirituales de los sujetos parlantes” (1929: 128). Se trata de un período en el que “el factor psicológico interviene con creciente frecuencia”; en el que “la lingüística se ha hecho ciencia histórica” (1929: 128). Así, el autor señala que “desde entonces este campo de estudios se ha visto acuciado por incesantes inquietudes” (1929: 128).

A continuación, Alonso expresa que no considera “necesario puntualizar el viraje dado hacia el idealismo, porque no se trata de un acontecimiento interno de la filología, sino de un cambio coetáneo de orientación cumplido en todas las ciencias del espíritu y en las artes” (1929: 128). Solo se limita a explicar ese cambio a partir de una contraposición: el contenido conceptual que presenta la “ley fonética” en el siglo XIX frente al que tiene en el momento de la escritura del artículo. En “un tiempo en que la filosofía era positivista y la biología cómodamente determinista”, los cambios “eran, como en ley natural, mecánicamente cumplidos” y “obligatorios” (1929: 128). En una época posterior a “los estudios y teorías de Schuchardt, de Meringer, de Wechssler, de Gilliéron, de Jaberg y de Menéndez Pidal”, los cambios “no se operan por una ley interior de una lengua, sino que tienen su origen en el espíritu del parlante” (1929: 128). Y de inmediato aclara que hace referencia a “un parlante que, por dar mayor expresividad a su dicción, la altera”; de modo tal que en el cambio lingüístico puede reconocerse un “origen afectivo” que obedece a una “intención estilística” (1929: 128-129). Así es como Alonso sostiene: “En resumen: el cambio se produce por razones de estilo individual y se generaliza por lo que ahora significamos con la palabra *analogía* y por el principio social de *acomodación*” (1929: 129; las cursivas son del original). Y para concluir la sección, presenta la tarea de la disciplina en función de la perspectiva propuesta:

La finalidad de la filología ya no es de simple orden genealógico, sino que se aspira en ella a reconstruir esquemáticamente, al servicio del conocimiento, todo el tejido histórico de una comunidad, tejido que se nos muestra ahora como el producto de actividades espirituales de esa comunidad (1929: 130).

En definitiva, el autor construye una representación de la historia de la lingüística con la que ofrece una nueva caracterización del cambio lingüístico y que, al mismo tiempo, le permite introducir al idealismo como una corriente moderna y superadora de las limitaciones del positivismo histórico-comparatista, completamente anclado en el pasado de la disciplina.

1.5. “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general” (1940): estilo y lengua general. “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general” (1940) aparece publicado en la sección Artes-Letras del diario *La Nación*. Este artículo, posteriormente, formará parte de *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943a), libro donde encontramos una serie de trabajos que no solo evitan la caracterización negativa del español de la Argentina, sino que sitúan a esta variedad lingüística como punto de referencia para el universo hispanoparlante (Toscano y García 2011: 283).

El artículo está dividido en tres secciones: “El lenguaje como naturaleza o como espíritu”, “La literatura, agente nivelador” y “La nivelación se debe a acomodaciones mutuas”. La primera de ellas nuevamente apela al “recurso historiográfico”, en tanto hace ver las teorías lingüísticas que rechaza como pertenecientes al pasado (superado) de la disciplina. El relato toma como punto de partida el tiempo del “positivismo naturalista”, en el que “la lengua se veía como un organismo, aunque incorpóreo, sometido a leyes análogas a las de los organismos vivos: nacimiento, evolución continua, decaimiento, muerte” (1940: 33). En ese tiempo, durante el siglo XIX, se concebía a las

lenguas como “entidades autónomas”, con “sus tendencias respectivas, sus leyes inexorables de evolución”, de modo que “las lenguas cumplían por sí mismas tanto sus cambios de detalle como sus transformaciones profundas” (1940: 33). Así, cada lengua presentaba leyes intrínsecas según las cuales evolucionaba, “sin que los individuos tuvieran otro remedio que ajustarse a tan determinada evolución” (1940: 34).

A continuación, Alonso señala en su relato que “luego se fue viendo cuánto de mítico y de falso tenía esa concepción positivista”, y cómo aparece la necesidad de buscar “una visión más realista que la que el positivismo tenía de la evolución de las lenguas” (1940: 34). Según esta concepción (no positivista), “los hablantes son los que, sin otro remedio posible, cumplen cada uno de los cambios”, de manera que “es la acción colectiva, sancionando acciones individuales, la que se imprime en la lengua y le impone sus rumbos, lo mismo en la fonética que en las formas gramaticales y en las significaciones” (1940: 34-35). A partir de la propuesta que el autor pretende difundir, entonces, el cambio lingüístico tiene su origen en el individuo; no obstante, un paso más debe consumarse para su consolidación:

Para que el cambio propuesto por un individuo se afiance en la lengua es necesario que sus oyentes lo encuentren propio y bueno para usarlo; y que se extienda así la propagación de la novedad, en ondas cada vez más agrandadas, en círculos que se cruzan y se cortan, hasta que todo el mundo lo use, ya completamente olvidado su carácter de novedad (1940: 36).

Este es el que Alonso denomina “proceso de *acomodación*”, y al que considera “básico en el cumplimiento histórico de la unidad de cada lengua” y “básico también en la constitución de cada unidad sociológica” (1940: 36). Es así que llega a presentar la noción de “lengua general”: “sistema de elementos idiomáticos heredados en común y conservados concordemente por todos los países hispánicos, más los nuevos aparecidos en alguna parte y adoptados por todas” (1940: 36).

Una vez superado el positivismo y justificada esta nueva concepción acerca del cambio lingüístico, Alonso pasa a la segunda sección del artículo, en la que destaca el papel de la literatura y los libros como agentes niveladores del idioma. Considera, pues, que una lengua general como la nuestra, extendida “por tan dilatados países muy mal comunicados”, radica en las “acomodaciones” efectuadas sobre la lengua por los escritores, y llevadas éstas “a todas partes por los libros” e introducidas luego en la “lengua hablada por los centros de instrucción pública de todas categorías y por las personas cuya lengua oral está directamente influida por el hábito de la lectura” (1940: 37). De esta manera, explica Alonso, cuando se introduce una “forma o modismo literario” en la conversación puede resultar como un “rasgo de distinción o de expresión personal (estilo)”, pero si encuentra buena acogida es repetido, y una vez generalizado, “desprovisto de su carácter primitivo de distinción”, se convierte “de elemento de estilo en elemento de la lengua común” (1940: 37-38).

La sección tercera no hace más que “plantear de manera concreta y sucinta el caso concreto americano”, y específicamente expresar su valoración de la lengua literaria argentina, un hecho que constituye, a su vez, un claro desafío para los escritores argentinos.

En este artículo, entonces, Alonso construye una representación del pasado de la disciplina con la que justifica la postulación de la lengua general y el estilo, nociones que permite incorporar el idealismo al dejar atrás al positivismo naturalista.

1.6. El “Prólogo” (1943b) a *Filosofía del lenguaje*: la construcción de la tradición espiritualista. El “Prólogo” (1943b) de Alonso a la edición en español de *Filosofía del lenguaje*, de Kart Vossler, está organizado en diez secciones. Las tres primeras son las que específicamente tratan sobre la historia de la disciplina en el siglo XIX: “Los comparatistas”, “Naturalismo y positivismo” y “Concepción espiritualista”. En ellas, Alonso se encarga de trazar una serie de filiaciones con las que encuadrar, a continuación, la propuesta vossleriana, acompañada, por supuesto, de su propia

interpretación de la perspectiva idealista, siempre en tensión con otra perspectiva que presenta como contemporánea: la saussureana.

Las secciones en las que, como hemos indicado, Alonso representa el desarrollo de la lingüística como disciplina científica, obedecen al reconocimiento de tres períodos para el siglo XIX: comparatista (primera sección), naturalista y positivista (segunda sección). La tercera sección se incorpora, luego, como una perspectiva que si bien se desarrolla a comienzos del siglo XX, es rastreable en el pensamiento de algunas figuras de la lingüística del siglo precedente. Nos referimos, luego, a la concepción espiritualista.

En un principio, Alonso señala que “la lingüística es una ciencia muy joven, nacida a principios del siglo XIX” (1943b: 7). Su nacimiento está dado por una “lingüística arqueológica y reconstructiva”: la lingüística comparativa, cuya tarea consistía en “establecer las series de correspondencias entre las lenguas parientes”, para luego “remontarse hasta la reconstrucción de la lengua originaria común” (1943b: 7). Así es como, según el autor, “la lingüística se hace a la vez arqueológica e histórica, reconstructiva y evolucionista en cuanto a los fines, y comparatista en cuanto a los métodos” (1943b: 7).

En este punto, Alonso denuncia una “paradoja” en el desarrollo de la disciplina: “en grandísima parte, los progresos de la lingüística y la seguridad de sus conocimientos se debían a sus propias limitaciones; es más, a su estrechez de miras, cuando no a un vicio radical de sus fundamentos” (1943b: 9).

En esta línea de progresos, Alonso cuenta dos. En primer lugar, “la concepción explícitamente naturalista de los comparatistas de la segunda tanda”, entre los que presenta como “el más famoso” a Schleicher, quien “equiparaba la vida de las lenguas a la de los vegetales”. En segunda instancia, el trabajo de los neogramáticos, quienes “opusieron a esta concepción de las lenguas como materia natural la de materia de historia” (1943b: 9).

Es aquí donde el autor, en su reconstrucción historiográfica, una vez más ofrece una mirada crítica sobre el período inmediatamente precedente al de su propuesta teórica. Puntualmente, señala que en el caso de los neogramáticos

[...] su concepción positivista de la historia entrañaba esenciales limitaciones de las que también se derivaron grandes ventajas técnicas: pues entendían la historia de las lenguas como su sometimiento a un juego coordinado de determinaciones de mil especies: cronológicas, geográficas, etnográficas y demográficas, de historia administrativa, religiosa o militar; determinaciones del sistema mismo interno de la lengua (1943b: 9).

En definitiva, Alonso destaca para el período correspondiente al último tercio del siglo XIX “la preferencia casi exclusiva por la parte material del lenguaje como objeto de estudio” (1943b: 9).

Así llega el autor a la sección tercera, en la que presenta la perspectiva correspondiente a su propuesta teórica, y para la cual construye una tradición lingüística en la que inscribirla. Alonso encuentra que “la concepción espiritualista del lenguaje fue planteada desde los primeros días de esta ciencia”, y en sus inicios destaca, pues, la figura de Wilhelm von Humboldt, a quien considera “hasta hoy el más profundo y genial teórico del lenguaje” (1943b: 10). Como es frecuente en su discurso, Alonso recurre a la presentación antitética mediante su recurso historiográfico; específicamente, en este caso, advierte que Humboldt, “esbozó ya en 1828 una lingüística basada en el espíritu y no en la materia” (1943b: 10): esto es, una lingüística distinta a la comparatista, a la naturalista y a la positivista.

Por lo tanto, Alonso rescata una figura específica y así se encarga de atribuir un origen a la concepción espiritualista del lenguaje, más allá de que, según indica, Humboldt resultó “totalmente incomprendido hasta un siglo más tarde, y la lingüística se encarriló, contenta y confiada, por el camino del naturalismo y del positivismo, donde encontraba las satisfacciones más

seguras” (1943b: 10). En la misma dirección, rescata a una segunda figura en su construcción de la tradición espiritualista: “un lingüista extraordinario, el austriaco Hugo Schuchardt, en cuya concepción del lenguaje descubrimos ahora sorprendentes puntos de contacto con el olvidado Humboldt” (1943b: 10). En este caso, señala que, “de haber tenido afán de proselitismo”, Schuchardt “habría sido el gran revolucionario de la lingüística” (1943b: 10).

Por el contrario, y en tercer lugar dentro de la perspectiva espiritualista, al que sí asigna el papel de revolucionario es a Vossler. Específicamente, Alonso encuentra que con sus “dos obritas juveniles”, Vossler reacciona “contra esa concepción despersonalizada del lenguaje y determinista y positivista de la ciencia”, frente a la que “predica una concepción espiritualista o, como él dice, idealista” (1943b: 11).

En las restantes secciones de su artículo, Alonso entreteje una vez más la contienda entre Vossler y Saussure. Asombrosamente, a diferencia de lo que había expresado en su artículo de 1928 (donde presentaba a Saussure como “uno de los lingüistas más espirituales”), en 1943 lo considera un “positivista”, que “cree que, si la lingüística quiere constituirse en ciencia, tiene que someterse a las necesidades de los demás ciencias, que eran las de lo cuantitativo” (1943b: 16). Como opuesto a Saussure, entonces, presenta a Vossler, quien “no puede creer que la lingüística, para ser dignamente una ciencia, tenga que ajustarse a las condiciones de lo mecánico-cuantitativo”, y quien quiere entonces “que la lingüística sea una ciencia del espíritu” (1943b: 16).

Al respecto, en el siguiente pasaje puede apreciarse cómo Alonso vuelve a trazar la dicotomía entre materia y espíritu y la traslada, en este caso, a la concepción de ciencia que atribuye a cada uno de los autores mencionados:

La conducta del espíritu no es igual que la conducta de la materia, y una ciencia (o conocimiento sistemático) que tenga como objeto propio la actividad del espíritu no puede calcarse sobre las ciencias cuyo objeto sea las condiciones de la materia. Por eso, si Saussure se limita por principio al sistema constituido, Vossler aplica su estudio a la constitución del sistema (1943b: 16).

En definitiva, para Alonso, la contienda se resuelve en la antítesis: frente a la lengua, el objeto unitario, deslindado, desespiritualizado y despersonalizado de la perspectiva saussureana, aparece el estilo, el objeto complejo, espiritual, creativo y estético de la perspectiva vossleriana.

De esta forma, en su argumentación historiográfica, Alonso construye una tradición en la que no solo se inscribe la propuesta del autor cuyo libro se dispone a prologar, sino también su propia visión del lenguaje: “lo que Vossler debe a Croce y después a Humboldt es el despertar de la concepción espiritualista de la ciencia del lenguaje” (1943b: 18)⁴. Una vez más, entonces, es posible advertir en la producción de Alonso una visión acumulativa acerca del progreso de la disciplina. En su reconstrucción histórica, ya sea por superación de doctrinas inadecuadas, ya sea por profundización de grandes intuiciones, todas las perspectivas confluyen en el desarrollo del idealismo lingüístico.

1.7. El “Prólogo” (1945) al *Curso de lingüística general*: la rectificación de las dicotomías.

El “Prólogo” (1945) de Alonso a la traducción española del *Curso de lingüística general* de Saussure constituye una nueva toma de posición respecto del pasado de la disciplina, a través de la que Alonso construye una tradición en la cual inscribir el paradigma de la lingüística idealista: el

⁴ En relación con este punto, Portolés (1996) señala que, para este momento, Alonso ya había desarrollado una perspectiva propia respecto del idealismo: “en particular, se afianza en él la idea de Wilhelm von Humboldt de que cada lengua posee una *forma interior del lenguaje* que condiciona su desarrollo y la visión del mundo de sus hablantes”; y destaca, a su vez, que esta “concepción romántica de la lengua había tomado nueva fuerza en la filosofía con la obra de Ernst Cassirer y en la lingüística anglosajona con la denominada hipótesis de Sapir y Whorf” (1996: 16). En el filólogo navarro, entonces, según Portolés, la estilística de Vossler y la de Bally se combinan con la influencia de la fenomenología de Husserl, dando lugar a un idealismo distanciada de sus posiciones más extremas, como la de Croce (1996: 16).

modelo teórico que pretende incorporar en el Instituto de Filología y en el marco más general de la filología hispánica.

Alonso comienza el prólogo señalando que “el *Curso* es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador” (1945: 7). E indica luego que Saussure presenta “una posición científica positivista”; pero de inmediato aclara: “la doctrina de Saussure es algo más que el resumen y coronación de una escuela científica superada; lo que aquí se nos da, o lo mejor y más personal de lo que se nos da, se salva de la liquidación del positivismo, incorporado perdurablemente al progreso de la ciencia” (1945: 7).

De esta manera, al igual que en el prólogo de 1943 a la obra de Vossler, pero a diferencia de la caracterización que ofreciera en el artículo de 1928, Alonso presenta a Saussure como un positivista y no como un espiritualista. En este marco, a continuación, recurre nuevamente a la reconstrucción histórica para encuadrar el surgimiento de la obra saussureana. Así es como, según el autor, “Saussure rechaza muy hermosamente la concepción naturalista (Schleicher) de la lengua como un organismo de vida autónoma y de crecimiento y evolución internos”, pero siguiendo los postulados de la “orientación positivista, que se creía obligada a mondar del objeto de la ciencia lo que fuera indeterminación, y, por consiguiente, todo lo que fuera espíritu con su libertad de iniciativa” (1945: 27). De esta manera, Alonso advierte que Saussure deja atrás el naturalismo, pero encuentra que “su positivismo le hizo suplantar esta concepción por otra mecanicista en la que la lengua es un sistema igualmente autónomo, ajeno al habla, fuera del alcance de sus hablantes” (1945: 27).

No obstante, al rescatar de la propuesta de Saussure la visión de la lengua como “el dominio de las articulaciones”, y al momento de realizar entonces una valoración positiva de su obra, Alonso encuentra que los que pueden considerarse aportes saussureanos van en la misma dirección que los de la perspectiva idealista; específicamente, Alonso expresa:

Este concepto de las relaciones entre lengua y pensamiento, mucho más profundo que el meramente asociacionista de los Neogramáticos, está en la misma dirección que la forma interior del lenguaje de Humboldt, la actitud categorial o clasificatoria de la razón-lenguaje de Bergson y la filosofía de las formas simbólicas de E. Cassirer (1943: 9).

De manera paralela a la recuperación de esta tradición, Alonso busca caracterizar el objeto de estudio saussureano. Para ello, una vez más –tal como hiciera en el prólogo de 1943– retoma la contienda entre Saussure y Vossler. Señala, entonces, que mientras este último se centra sobre la complejidad y reconoce en el lenguaje una “estructura polar”, cuyo objeto radica en la “corriente perpetua de doble dirección”, el primero “rehúye” a tal complejidad en el objeto de estudio, pues se dirige “en busca de uno deslindado y homogéneo” (1945: 11). De acuerdo con Alonso, “fue la aspiración del positivismo al pájaro en mano la que empujó a la clara inteligencia de un Saussure a simplificar su objeto de estudio” (1945: 28).

Para dejar bien en claro su crítico descontento con esta postura, Alonso nuevamente presenta su propia concepción, respaldada por el recurso de ubicar las teorías que rechaza como pertenecientes al pasado de la disciplina; puntualmente dice: “Todo se paga: la lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aun, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano” (1945: 12).

En definitiva, Alonso encuentra que frente a la delimitación del objeto lengua como coronación del positivismo, el objeto lenguaje puede abordarse solo desde una perspectiva en la que el foco de atención esté puesto sobre el espíritu. Para Alonso, “solo el habla real da realidad a la lengua” (1945: 26), pero “poner en el habla el centro de los estudios lingüísticos es hacer girar todo el sistema positivista de Saussure y encuadrarlo en la orientación espiritualista” (1945: 27).

Su propuesta, entonces, es enmendar “la dislocación del eje de la lingüística”, de modo que, según sus palabras, “nuestro objeto de estudio recobra su concreta complejidad” (1945: 28). Así, desde una perspectiva integradora, encuentra que las dicotomías planteadas por Saussure debieron ser pensadas como “aspectos diferentes de un objeto unitario”; de modo que, para la lingüística espiritualista, “solo la jerarquización de esos aspectos, no su existencia, ha tenido que ser rectificada” (1945: 30).

3. CONSIDERACIONES FINALES

Una vez analizados los siete artículos, entendemos que la mirada historiográfica que despliega Alonso es funcional a su propuesta teórica; en otros términos, que está al servicio del establecimiento de su propio modelo teórico y de la construcción de una tradición científica en la cual inscribirlo. Su reconstrucción del pasado, además, obedece a una concepción acumulativa (positivista) acerca del progreso de la disciplina, según la cual las diferentes perspectivas pertenecientes a la historia de la lingüística, por superación o por apropiación de sus postulados, dan lugar al desarrollo de la visión idealista.

A su vez, encontramos que, durante los primeros años del período considerado, Alonso ofrece una valoración negativa del idealismo vossleriano y una valoración positiva de la propuesta saussureana, a la que considera parte del desarrollo de la lingüística espiritualista. Luego, durante la década de 1940, esta apreciación se ve sustancialmente modificada a partir de lo expresado en los prólogos a las obras de Vossler y Saussure⁵, en las que la valoración positiva de la perspectiva idealista aparece acompañada por una valoración (parcialmente) negativa del positivismo saussureano, en el que encuentra una concepción desespiritualizada y despersonalizada del lenguaje. En este sentido, el cambio que observamos parece consistente con aquellos que Toscano y García (2011) ha estudiado al abordar el desarrollo histórico de las ideas lingüísticas de Alonso⁶.

En definitiva, la reconstrucción del pasado histórico de la disciplina, en la representación de Alonso, guía el desarrollo argumental en función de su concepción espiritualista del lenguaje: una perspectiva científica que busca presentar como modernizadora, y cuya clave epistemológica reside en la incorporación de la dimensión subjetiva en la teoría lingüística.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, A. (1927a), “Lingüística espiritualista”, en *Síntesis*, I, 8, 227-236.
 — (1927b), “Reconciliación con la fonética”, en *Boletín del Instituto de Filología*, I, 3-4, 227-235.
 — (1928), “Lingüística e historia”, en *Humanidades*, XVIII, 29-38.

⁵ Un análisis del fundamento de las ideas de la escuela española de filología puede encontrarse en Marcos Marín (2003). Específicamente, el autor destaca que Alonso y otros miembros del Centro de Estudios Históricos recibieron el pensamiento de Humboldt pero interpretado a través de la visión del idealismo alemán (en particular, de Vossler) y de la adaptación practicada por la escuela a la que pertenecieron (2003: 132). Al respecto, Barrenechea y Lois (1989: 84) señalan que fue Vossler quien indujo a Alonso a retomar la visión de Humboldt como *energía*, y que “ambos lo llevaron a concebir una *forma interior del lenguaje*, noción en la que pudo vincular las concepciones espiritualistas y estructuralistas”.

⁶ Según Toscano y García, en las ideas lingüísticas de Alonso pueden reconocerse tres momentos: en primer lugar, uno anterior a 1927 en el que adopta la perspectiva teórica y disciplinar definida por el Centro de Estudios Históricos; en segunda instancia, uno situado entre 1927 y 1936 en el que se advierte un “proceso de transformación teórica”, de “progresiva apropiación de los modelos del idealismo y la estilística” a partir de los que Alonso “somete a explícito cuestionamiento los presupuestos de la lingüística decimonónica”; y, por último, uno situado entre 1936 y 1946, en el que Alonso “profundiza su alejamiento del modelo filológico menéndezpidaliano” y “avanza en el afianzamiento del sistema teórico [la estilística] que había venido construyendo desde fines de la década del 20” (2011: 334-336).

- (1929), “La filología del señor Costa Álvarez y la filología”, en *Síntesis*, II, 23, 125-141.
- (1940), “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general”, en *La Nación*. 11 de agosto de 1940 (sección Artes-Letras, pág. 2); incluido en *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, (1943), 33-46.
- (1943a), *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española.
- (1943b [1978]), “Prólogo”, Vossler, Karl. *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Losada.
- (1945), “Prólogo”, Saussure, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada.
- BALLY, C. (1913 [1947]), *El lenguaje y la vida*, Buenos Aires, Losada.
- BARRENECHEA, A. M. (1995-1996), “Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina”, en *Cauce. Revista de Filología y su didáctica*, 18-19, 95-106.
- BARRENECHEA, A. M. Y LOIS, E. (1989), “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, en *Cuadernos Hispanoamericanos* 473/474, 79-91.
- BLOOMFIELD, L. (1933 [1967]), *El lenguaje*, Lima, Universidad de San Marcos.
- CATALÁN, D. (1955), *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- COSERIU, E. (1953 [1972]), “Amado Alonso (1896-1952)”, en *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, Gredos, 251-273.
- COSTA ÁLVAREZ, A. (1928), *El castellano en la Argentina*, La Plata, Talleres de la Escuela San Vicente de Paul.
- DELBRÜCK, B. (1880 [1882]), *Introduction to the Study of Language: A critical survey of the history and methods of comparative philology of Indo-European languages*, Transl. into English by Eva Channing, Leipzig, Breitkopf & Hartel.
- GUITARTE, G. L. (1998), “La obra de Amado Alonso en América”, Juan Martínez Marín (coord.): *Recordando a Amado Alonso y Salvador Fernández Ramírez*, Granada, Universidad de Granada, 11-24.
- JESPERSEN, O. (1922), *Language. Its nature, development and origin*, London, Unwin Brothers LTD.
- KOERNER, E. F. K. (1972), “Towards a Historiography of Linguistics: 19th and 20th century paradigms”, en *Anthropological Linguistics* 14: 7, 255-280.
- (1995), *Practicing Linguistic Historiography*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins.
- (1999), *Linguistic Historiography. Projects & Prospects*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins.
- (2007), “La historiografía de la lingüística. Pasado, presente, futuro”, Josefa Dorta, Cristóbal Corrales y Dolores Corbella (eds.): *Historiografía de la lingüística en el ámbito hispánico*, Madrid, Arco Libros, 15-56.
- LEROY, M. (1963 [1969]), *Las grandes corrientes de la lingüística*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M. (2006), *Heterodoxos españoles*, Madrid, Marcial Pons.
- MALMBERG, B. (1967), *Los nuevos caminos de la lingüística*, México, Siglo XXI.
- MARCOS MARÍN, F. (2003), “El concepto de forma lingüística interior y su adaptación en la escuela española de filología”, *Con Alonso Zamora Vicente (Actas del Congreso Internacional “La lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos...”)*, Alicante, Universidad de Alicante, 131-136.
- MEILLET, A. (1903 [2010]), *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOUNIN, G. (1967 [1968]), *Historia de la lingüística desde los orígenes hasta el siglo XX*, Madrid, Gredos.

- (1968 [1976]), *Claves para la lingüística*, Barcelona, Anagrama.
- PEDERSEN, H. (1924 [1962]), *The Discovery of Language: Linguistic Science in the 19th Century*, Translated by John Webster Spargo, Midland Book edition, Bloomington, Indiana University Press.
- PORTOLÉS, J. (1986), *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Madrid, Cátedra.
- (1996), “Amado Alonso lingüista, cien años todavía jóvenes”, *Ínsula: Amado Alonso. Español de dos mundos*, 599, 1996, noviembre, 16-17.
- ROBINS, R. (1967 [1992]), *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Editorial Paraninfo.
- SAUSSURE, F. de. (1916 [1945]), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada.
- SWIGGERS, P. (1980), “Histoire et historiographie de la linguistique”, en *Semiotica* 31-1/2, 107-137.
- (1990), “Reflections on (Models for) Linguistic Historiography”, Hüllen, Werner (ed.): *Understanding the Historiography of Linguistics: Problems and projects (Symposium at Essen, 23-25 November 1989)*, Münster, Nodus Publikationen, 21-34.
- (2009), “La historia de la lingüística: apuntes y reflexiones”, en *Revista argentina de historiografía lingüística*, I, 1, 67-76.
- THOMSEN, V. (1902 [1945]), *Historia de la lingüística*, Barcelona, Editorial Labor.
- TOSCANO Y GARCÍA, G. (2006), *Entre la lengua y la historia. Posiciones de Américo Castro frente a la variedad argentina del español*, Tesis de maestría, Madrid, Instituto de la Lengua Española - Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (2011), *Amado Alonso en el debate acerca de la lengua nacional. El papel del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en la redefinición del objeto (1923- 1946)*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- VOSSLER, K. (1904 [1929]), *Positivismo e idealismo en la lingüística*, Madrid-Buenos Aires, Editorial Poblet.
- (1905 [1929]), *El lenguaje como creación y evolución*, Madrid-Buenos Aires, Editorial Poblet.
- (1930), *Metodología filológica. Con referencia a los idiomas modernos, especialmente al alemán*, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos.